



Wellington caudillo de tres naciones : sobre la antigua Mantua Carpentana : canto único

<https://hdl.handle.net/1874/42663>

Sobre
13
WELLINGTON

CAUDILLO DE TRES NACIONES

SOBRE LA ANTIGUA MANTUA CARPENTANA.

Canto único.

SU AUTOR

Eliso Barcineo.

OVIEDO:

En la Oficina de D. Francisco Cándido Perez Prieto,
Impresor del Principado, año de 1813.

C. 1874. Dic. 7.

Nec pietate fuit, nec bello major et armis.
Virg. *Æneid.* Lib. I.

AL QUE LEYERE.

Al ver las proezas del inmortal Wellíngton, duque de Ciudad-Rodrigo, tomó en ellas, mi gratitud tanta parte como interes; y siguiendo este general sentimiento de mi nacion, quise acreditarlo en cuanto pudiese, celebrando alguna, por ser el relato de todas obra superior á mi capacidad; dudando aun así del feliz éxito. Ninguna mas interesante que la toma de la antigua Mantua carpentana, despues de la gloriosa batalla de los Arapiles; y esta es la que me decidí á dar al público en el presente canto, adornándola de diferentes ficciones poéticas. Difícil es sin duda referir la gallardía, sábias disposiciones de nuestro héroe, y la obediencia, fraternidad, al paso que la intrepidez de los soldados anglo-hispano-lusitanos; y aunque procuré en lo posible desempeñar la empresa, en que me habia constituido, ni creo mi obra exenta de defectos, ni haber llenado los deseos de mis lectores. Por esto dudé en publicarla; pero me animé á ello, estimulado de gratitud ácia nuestros aliados, y persuadido deberían disculparse mis faltas, por la sana intencion y decidido patriotismo, que me movieron á su publicacion.

El Pindo excelso dexa, docta Clío,
Y bondadosa á mi favor descende:
Un rayo de luz vibra al pecho mio,
Y el bélico furor en él enciende:
De Wellíngton heróico el marcial brio,
Por donde sus fulgores Febo extiende
Exaltaré con metro tan sonoro,
Que el mármol lo eternice, el bronce, el oro.

Y tú heróico adalid, sabio guerrero,
Que en debida venganza enardecido,
Con fulminante brazo y firme acero
Humillaste del Hércules mentido
El infante, alazan y caballero,
Benigno acepta el don, que agradecido
Á tu valor y nombre venturoso
Un hispano consagra respetoso.

Los llanos devastaban de Castilla
Del tirano de Francia las legiones.
Sufria la doncella su mancilla,
Y los grillos los ínclitos varones.
La sangre derramaba su cuchilla
Del inerme paisano á borbotones;
Y por todo el frances en dolos fuerte
Llevaba la impiedad, terror y muerte.

(II)

Mas al punto á vengar tanta fiereza
Se adelanta Wellington hazañoso,
Y levanta una triple alta cabeza
De breton, luso, hispano valeroso:
A todos tres infunde tal braveza,
Que juran del frances ignominioso
Derribar la cerviz, y los ardides
Burlar del falso y temerario Alcides.

Temiendo del aliado el ardimiento,
Forma en los Arapiles recia valla
Marmont, del galo vil cabo sangriento,
Y la bomba dispone y la metralla.
Pero el anglo adalid en el momento
Los brutos aproxima á la batalla,
Y avanza con extrema bizarría
El bronce vengador é infantería.

Como la antigua selva, que crecida
Parece que orgullosa al Cielo toca,
Que el poder de los siglos atrevida
Reta con altivez soberbia y loca;
Mas de eléctrica nube despedida,
Cuando en reñida lid con otra choca,
Destructor centella fulminante
En cenizas la vuelve en un instante:

Así el infame galo su trinchera
Desvaratada mira enteramente,
Apenas el caudillo la primera
Señal de acometer hace á su gente;
Y el ginete ó peon, que no acelera
La fuga, del aliado combatiente
Se rinde presuroso al bravo acero,
O enrojece espirando Adaja y Duero.

(III)

Su disperso escuadron Wellington sigue,
Imponiendo pavor al suelo mismo.
Nada halla que su excelso ardor mitigue,
Ni riesgo que no venza su heroísmo;
Y cuando mas intrépido persigue
Al galo, monstruo horrendo del abismo,
El bruto se detiene y estremece,
Y á la voz, y á la espuela no obedece.

Vuelve el rostro el caudillo: ve una hermosa
Doncella en una nube ensangrentada,
De marcial casco y peto armada Diosa,
De honorosa diadema coronada:
Una llama de fuego vigorosa
En su inflexible mano ve empuñada;
La ve mirar airada hácia la tierra,
Y siente que su diestra firme aferra.

Oye luego su voz: „el seguimiento
Dexa del enemigo, pues bastante
Es parte de tu gente á su escarmiento.
Adonde tu presencia es importante
Cofre sin detencion; tu noble aliento
De laurel ceñirá la sien triunfante.
Vuela, gran duque, al suelo Carpentano,
Y vindica el honor del trono hispano.”

Dixo; y como sus garras estrechando
El águila al cordero preso lleva,
Y el fiero Noto, el Aquilón cortando,
Á la etérea region veloz se eleva:
Espantosos fulgores rutilando
La Diosa; de venganza justa en prueba,
Y el héroe arrebatando de este suelo,
Rompe rapidamente un baxo vuelo.

(IV)

Del rayo luminoso al ronco trueno
Mayor espacio va, que del instante,
Que la excelsa vision cogió en su seno
Al invicto britano militante,
Al punto, en que de horror dexando lleno
El cercano país, llega radiante,
La prontitud mintiendo de la Fama,
Al pie del encumbrado Guadarrama.

Un breve rato solo allí reposa;
Luego con el caudillo á la eminente
Cumbre del puerto vuela presurosa.
Ágradable le mira y complaciente,
Y rutila ya menos sanguinosa,
Mostrando que de Olimpo solamente
La venganza baxar le hizo de España,
Y el honor y la gloria de Bretaña.

Á Wellíngton señala con su diestra
Los dilatados campos carpentanos,
Y la Mantua española tambien muestra
Esclava del mayor de los tiranos.
Sus pesadas cadenas le demuestra;
Y á humillar los verdugos inhumanos
Descender impertérrito la manda,
Prometiéndole el lauro en la demanda.

«En vano el enemigo jactancioso
»Reunirá sus infantes y escuadrones.
»Mientras tú á Mantua libras valeroso,
»Conduciré sus fieros batallones,
»Fingiendo el Genio ser galo orgulloso,
»Adonde te darán nuevos blasones.»
Dixo; y envuelta en una obscura nube
Se oculta luego, y por el ayre sube.

(V)

De la vision Wellington admirado
La certidumbre duda del portento:
No apereibe ni el llano, ni el collado,
Y por un rato pierde el movimiento:
Como al viagero dexa deslumbrado
La exalacion, que oculta en el momento,
Que fugaz aparece en noche obscura,
De las sombras aumenta la espesura.

Mas, recobrando luego su sentido,
Conoce á la venganza justiciera,
Que le habló terminante, y sometido
Á su mandato, enristra la severa
Lanza y al bruto aguija enardecido,
Y del alto del pueito la carrera,
Ansioso de humillar al galo, emprende
Y al llano de Carpentó así descende.

Al pie de Guadarrama alborozados
Sus ginetes encuentra y sus infantiles,
Que en el ameno suelo reposados,
Olvidan los trabajos agravantes
De las pasadas lides; y hermanados
El manjar y el licor parten amantes,
Y si alguno discuerda sin porfia,
Es dando á su pais la primacia.

Luego que al adalid cerca perciben,
Arrojan el licor, el manjar dexan;
De bombas y granadas se apereiben;
Y en sus alegres cantos se semejan
Á las sonoras aves, que reciben
Al benéfico sol, y le festejan,
Con trinos de loor, cuando fulgente
Las anchas puertas dora del oriente.

(VI)

Denodados empuñan los peones
Las picas, los fusiles, las espadas:
Ensilan los ginetes sus bridones,
Y entres líneas se forman dilatadas.
Luego son las impávidas legiones
Por el caudillo heroico revistadas,
Y á su vista el marcial aliento crece,
Y del ocio el amor desaparece.

Al frente de los bravos militares
Coronadas de junco se presentan
Las Napeas del claro Manzanares.
El rencor á los galos les aumentan
Y el ansia de venganza sus cantares;
Y agraciadas coronas les ostentan,
Que ofrecen repartir á los primeros,
Que en gala sangre laven sus aceros.

Emprenden las falanges la partida
Al són de los marciales instrumentos.
Siguen clarín y caxa enfurecida
De las ninfas los bélicos acentos,
Que con música y danza repetida
Conducen los briosos regimientos,
Animándolos siempre á la refriega,
Hasta la hermosa puerta de la Vega.

Previendo el galicano su llegada,
En forma de embestir las huestes pone;
Y juzgando el pendon la tropa aliada
Rendirá, cuando él firme se le opone,
La demanda presume ya ganada,
Del cuantioso botin loco dispone,
Y de su yugo vil esposa y grillo
Ceñir piensa al intrépido caudillo.

(VII)

Como la inmunda sierpe maliciosa
Al labrador incauto se adelanta,
Y la altiva cabeza venenosa
En su daño mortífero levanta;
Pero, con mano hiriéndola nerviosa,
Su orgullo el diestro labrador quebranta;
Y tortuosa la muerte huye ligera,
Y se oculta en su antigua madriguera.

Así el galo el cañon dispuesto tiene
Contra la acreditada infantería:
Dispara; pero en vano: no detiene
Al bizarro peon su artillería;
Y viendo que á embestirle se previene
Numerosa gentil caballería,
Antes que oiga del bronce el primer tiro,
Pavoroso se oculta en el Retiro.

Siguen á los soldados aturdidos
Sus águilas tambien con raudó vuelo,
Y extienden con horrisonos graznidó
En toda la comarca un denso velo.
Al buen Retiro llegan, y estallidos
Tan espantosos dan, que el recio suelo
Del fragor conmovido se estremece,
Y á absorverlas abierto ya parece.

Wellington del frances en seguimiento
Avanza sus beligeros bridones;
Y su rabia aumentando y ardimiento
Denodados les siguen los peones,
Que, faltando á los brutos el aliento,
Sobre sus hombros llevan los cañones,
Pues por hacer el tránsito mas breve,
La carga mas pesada les es leve.

(VIII)

Llegan presto al Retiro, y la batalla
Empiezan vengadores animosos;
Mas del bronce al abrigo y de muralla
Oponense los galos jactanciosos
Á su extremo valor, y de metralla
y balas lluvia arrojan sanguinosos,
Fulminando sus ojos de tal suerte,
Que infernales despiden ira y muerte.

Sus tiros despreciando los aliados
Al pie del alto muro se aproximan.
La vida prometiendo á los malvados,
De la plaza la entrega les intiman;
Pero á muerte ó vencer determinados
De Wellington la oferta desestiman,
Y añaden del cañon al recio fuego
Del mortero y obús el pronto juego.

Al hijo de la Albion nada intimidada,
Que blandiendo marcial el fuerte acero,
Al frente de la tropa embravecida
Avanza como simple granadero.
Obstáculo no encuentra que le impida
La venganza seguir del galo fiero,
Pues cuanto mas violento le resiste,
Con tanto mas teson heróico insiste.

Del caudillo á la par Cárlos España
Combate, y Julian Sanchez arrogante,
Que del bronce aumentando mas la hazaña,
Menosprecian el fuego exôrbitante,
Y aunque acabe el francés con furia estraña
Del aliado al amigo, el bravo infante,
Imitando á sus gefes, solamente
Mas vengador se vuelve y mas valiente.

(IX)

Á la muralla arriman las escalas
Y el asalto principian hazañosos.
Ni las continuas bombas, ni las balas
De su arrojo les hacen pesarosos,
Pues hijos impertérritos de Palas,
Si matan ó derriban los furiosos
Sitiados á los bravos que adelantan,
Á sucederles otros se levantan.

Crece la ira del galo; el valor crece
Tambien del sitiador, y tan sangrienta
Al punto la lid se hace, que parece
Que solo entre leones se sustenta.
De la vertida sangre se enrojece
La muralla, y la escala se ensangrienta,
Pues cuando el nuestro amaga enfurecido,
Al sitiado extermina ó dexa herido.

Logran los esforzados campeones
Penetrar vencedores en el muro,
Y enarbolando al punto sus pendones,
Aumentar de los galos el apuro,
Que fugaces corriendo á los bastiones,
Presumen evitar el choque duro;
Y por mas que sus fuerzas reconcentran,
Siempre invencible al coligado encuentran.

Mas de defensa ya desesperados,
Al luso y al breton, al fuerte ibero,
De sangre y de sudor propio bañados,
Los cañones entregan y el acero;
Y del héroe á las plantas humillados,
Con tono le suplican lastimero
Por cuanto pueda serle mas precioso
La vida les conceda generoso.

(X)

Intrépido Wellington aun blandía
La sanguinosa espada vengadora:
Su denuedo notando parecía
Ceder todo á la diestra vencedora.
Pero igual á su brio y bizarría
Es tambien su piedad, y sin demora,
El degüello prohibiendo á sus soldados,
La existencia asegura á los sitiados.

Envaynan obedientes las espadas,
Y cesan de matar las bayonetas;
Las bombas arrinconan y granadas,
Los fusiles arrojan y escopetas;
Y el triunfo las legiones afamadas,
Al son de los clarines y trompetas,
Celebran con armónicas canciones,
Que añaden nuevo lustre á sus blasones.

En himnos de loor Mantua resuena,
Que á Wellington tributa su habitante,
Y al ver del yugo rota la cadena,
Gozoso le apellida padre amante.
Con llanto de placer el suelo llena,
En que las plantas afirmó triunfante;
Y aquel por venturoso es mas tenido,
Que el sombrero le toca ó ya el vestido.

Complacida tambien naturaleza
Del aliado celebra el vencimiento:
Del abrasado estío la crudeza
El céfiro mitiga vago y lento;
Y del gentil Wellington la proeza,
Del ginete y peon el ardimiento
Repite con acento el mas sonoro
De las pintadas aves dulce coro.

(XI)

Entre verdosos juncos Manzanares
Levanta su cabeza cristalina:
Grato mira á los fuertes militares:
Al pecho transparente la reclina;
Y meciendo los bellos aladares,
Aplaude de los vándalos la ruina;
Mas con sonora voz, que el ayre llena,
Su exterminio eficaz al Tajo ordena:

»No dexes que los restos ominosos
De los galos sus fértiles riberas
De hoy en mas amancillen sanguinosos.
Harto tiempo sus huestes altaneras
Talaron nuestros valles deleitosos.
Contigo al ancho mar lleva esas fieras;
Y libre del frances y su tirano
Vuelva á la antigua paz el suelo hispano.»

Cual detiene al viagero el agraciado
Xilguerillo, que trina dulcemente,
Y mientras que lo escucha no le es dado
Proseguir su camino diligente:
Oyendo al Manzanares admirado
Suspende el Tajo undoso su corriente;
Y á castigar del galo la insolencia
De este modo promete su obediencia:

»Impaciente del crudo galicano
Las reliquias aguardo y vengativo.
Como sepulté al bárbaro africano,
Arrojaré su gente al golfo altivo;
Si en castigar tardaré á este inhumano,
Será solo que el número excesivo
De sus muertos, formando antemurales,
El curso detendrá de mis raudales.»

(XII)

Viendo el padre Oceáno que no acrece
Mas sus linfas del Tajo caudaloso
La corriente anchurosa, se enfurece,
Y en montes su cristal vuelve espumoso;
Á Europa sumergir ora parece;
El Asia acabar ora proceloso;
Ora hendir las cavernas del abismo;
Ora insano amagar al cielo mismo.

Fragoso continúa y turbulento
Sus destructoras furias espantosas,
Hasta á Ulísipo oir el ardimiento
Celebrar de las huestes victoriosas.
Y saber que causó el detenimiento
De las aguas del Tajo numerosas
El ansia de acabar enteramente
Los restos del frances en su corriente.

Las líquidas montañas encrespadas
Entonces del crecido furor ceden;
Separanse las aguas congregadas,
Y á sus antiguos lindes retroceden;
Un murmullo á las furias extremadas,
Y al Aquilon Favonio ya suceden;
Y de la Europa y Asia las riberas
Las claras ondas bañan placenteras.

De Oceáno en la diáfana llanura
Alzanse las Nereidas y Tritones,
Y gozosos celebran la bravura
De los hispanos, lusos y bretones;
Sus escamosas colas con blandura
Sacuden, y en ligeros batallones
Vuelan, surcando el mar, á la Bretaña
Del caudillo á anunciar la extrema hazaña.

(XIII)

Cual la nave las velas engreída
Suelta, y al mar se entrega y suave viento,
Y en breve de la costa despedida
Del puerto ansiado toca el firme asiento,
Tritones y Nereydas la partida
Emprenden con tan raudo movimiento,
Que de Ulísipo apenas se separan
El canal de la Mancha ya reparan.

Veloces en él entran : magestuosas
Oprimen de su estrecho la corriente,
Y sujetan las olas procelosas;
Y á la boca llegando prontamente,
En que vierte sus aguas abundosas
El Támesis rendido y obediente
Al caudal agitado de Oceano,
Así anuncian las glorias del britano:

»En pos del gran Wellíngton sus aceros,
Renovando el valor de los Estuardos,
Á la faz de los galos altaneros
Blandieron los británicos gallardos.
Al verlos á la lid marcharon fieros
Los tercios enemigos; mas no tardos,
Y llenos de pavor á los bretones
Rindieron las banderas y cañones.»

»De su carmin regada la Castilla,
El Adaja y el Duero se enrojecen.
Llega el héroe á Carpento, y la cuchilla,
El yugo del frances desaparecen;
Rie de Manzanares la ancha orilla;
De placer sus praderas reverdecen,
Mientras apronta el Tajo sus raudales
Á acabar á los torvos imperiales.»

(XIV)

Tritones y Nereydas tal dixerón;
Y de nuevo surcando con blandura
El espumoso golfo, se volvieron
A sus antiguas grutas con presura.
Del Támesis las Ninfas repitieron
En Londres del aliado la bravura;
Y complacida toda la Inglaterra,
Juró otra vez al galo eterna guerra.

Al modo que en la tarde mas serena
Del abrasado estío se levanta
De eléctrico vapor la nube llena,
Y con obscuridad, que densa espanta
La comarca encubriendo luego atruena,
Y los polos parece que quebranta,
Cuando sigue al relámpago lumbroso
Del trueno el estallido tempestuoso:

El Támesis tambien asi agitado
Al oír del frances la furia inmensa,
A humillarle, y vengar determinado
De la hispana nacion la grave ofensa,
Encrespando sus aguas decontado,
Y á Londres encubriendo con extensa
Niebla, intima del Sena diligente
La pronta rendicion á la corriente.

„¿No basta ya á tu rabia desmedida
Haber visto regadas tus riberas
De sangre de tus hijos mal vertida?
¿Quieres aun, abortando nuevas fieras,
La maldad, con que fuiste envilecida,
Llevar á las naciones extranjeras?
¿Quieres que Europa toda á tus soldados
Mire como verdugos desalmados?“

(XV)

„Tiembla; dexa tu loco atrevimiento,
Pues los hispanos, lusos y bretones
Juraron vengadores tu escarmiento.
Silva solo el valor de esas legiones
Contra el tirano infame, que el asiento
Ocupa usurpador de los Borbones;
Y no el solio de Luises respetable
Cubra á un aventurero despreciable.”

Imperioso exclamó de esta manera
El Támesis al Sena, que al instante
Su diáfano cristal pálido altera.
Con hórridos bramidos espumante,
Sus linderos desprecia, y la ladera
Cubriendo de su curso, al habitante
Del país, que regaba deleitoso
Atónito le dexa y temeroso.

Grita en su fuente el Sena, y la gran nueva
Del triunfo del breton acreditado
Á Lutecia su voz al punto lleva,
Refiriendo que el brio del aliado,
Cuando Wellington el acero eleva,
Queda el frances ejército arrollado,
Y que su ruina el Támesis sabiendo,
Amaga derrocar al monstruo horrendo.

Queda, escuchando al Sena, conmovida
La gran Lutecia al punto y pesarosa:
Ve en llanto su alegría convertida;
Marchita su alameda deliciosa;
Su beldad celebrada ve perdida;
El Louvre ve temblar, y pavorosa
En el bosque ocultarse ve la gente,
O en el sagrado templo diligente.

(XVI)

Abren las Tullerías su ancha puerta,
Y el soberbio palacio se estremece.
Bonaparte al estrépito despierta;
Escucha cuidadoso y se entristece.
Ya de vengar su honor llegarse-cierta
La Emperatriz Josefa le parece;
Ya que el pueblo le busca tumultuoso;
Ya que fulmina el Cielo poderoso.

Cual sus armas Ayáx enfurecido
Disputa con Ulises arrogante,
Y en la lucha fatal queda vencido;
En la noche le busca, y ya triunfante,
Sintiendo su puñal humedecido,
Se juzga; pero el hierro al sol radiante
De sangre del cordero ve manchado,
Y con él se atraviesa despechado:

De este modo el infame Bonaparte,
Luego que del fragor la causa inquiere,
Su ira á satisfacer violento parte;
Mas del palacio en vano salir quiere;
No acierta; el imperial manto desparte;
Mesa el cabello, brama, el rostro hiere;
Y muestra con señales verdaderas
No ser su trono y vida duraderas.

Así al frente de lusos y bretones,
De heróicos españoles hazañoso
Derrotó de la Francia las legiones
Wellington, á los galos ominoso.
Tembló así el destructor, que las naciones
Esclavizó de Europa sanguinoso,
Al acero blandir la fuerte mano
Del caudillo anglo-ibero-lusitano.

CANTÉ.